

La muerte

Aproximaciones antropológicas entre naturaleza y cultura

Por Carlos Alberto Flores Armeaga

La muerte es quizá uno de los mayores debates de introspectiva en el ser humano ante su determinación social, e históricamente forma parte de los principios y contenidos de las diversas culturas en el mundo. Para entender cómo se concibe el fin de la existencia es necesario considerar que cada grupo cultural determina, por carácter inherente e inconsciente, una de sus preocupaciones más ancestrales: la diferencia entre lo bueno y lo malo.

El devenir del pensamiento social occidental ha debatido desde hace al menos un par de siglos el dilema entre naturaleza y cultura, vista la primera como buena y la segunda como mala, de acuerdo con el registro de los primeros pensadores del carácter social.

En *La Iliada*, por ejemplo, se reflexiona desde el género dramático esta división al confrontar el parentesco con la lealtad. Homero escribe que Creonte desafía a Antígona al no permitirle enterrar a su hermano por ser enemigo de la ciudad, ya que había muerto en un ataque contra esta. En ese sentido, inferimos que los



principios y valores básicos del ser humano respecto a la muerte están enraizados en la familia, y tenemos la exclusividad de ser defendibles a capa y espada. La familia nos da un sentido de pertenencia, provocando que los intereses que se han formado de esas relaciones inter y transpersonales se vuelvan más que predicados individuales. De acuerdo con Marshall Sahlins (2008), “la familia y las relaciones familiares son la fuente de nuestros apegos más profundos” y por ello todo lo que transcurre en ella es significativo, de tal manera que a la vida se le atribuye el carácter de buena y a la muerte el de mala.

Desde la perspectiva evolutiva se han generado las concepciones tanto de la vida como de la muerte, el pensamiento (reflexión) ha sido



LOS PRINCIPIOS Y VALORES BÁSICOS DEL HOMBRE AL RESPECTO DE LA MUERTE ESTÁN ENRAIZADOS EN LA FAMILIA

el punto de partida para su comprensión y de ese ejercicio crucial ha surgido la filosofía. Como la humanidad no puede ignorar su naturaleza ni su condición social, cada grupo cultural ha definido radicalmente la vida y la muerte, y las representa de manera distinta.

Hemos considerado hasta aquí naturaleza y cultura porque son las primeras en definir a la humanidad a lo largo del tiempo; sin embargo, en la actualidad se han utilizado mal para justificar diversas actitudes y acciones, como el racismo, la exclusión y la discriminación. El principio universal de sociabilidad humana también se ha definido erróneamente, porque parece que sólo es posible en la vida, no en la muerte. Platón y San Agustín concluyeron que la respuesta natural de toda organización humana es la familia, incluidas las significaciones sobre su entorno y ello derivó al orden social, el cual originalmente era dictado por la divinidad, así el que hubiese lazos primarios de parentesco no era otra cosa más que el amor de Dios por sus descendientes: la humanidad como una sola familia. Esto explica por qué la muerte más que la vida, para la mayoría de las culturas en el mundo, es significativa; la vida consigue extender el tiempo, y la muerte, por el contrario, lo detiene.

La vida en contraparte con la muerte se reflexiona introspectivamente a menor escala, y de manera paradójica parece intrascendente porque la gente suele expresar “cada quien su vida”, pero la muerte no se elige ni se define, simplemente se presenta. Así que ¿cómo arrancar los valores significativos que nos da la vida y cómo no sufrirlos con la muerte después de saber que somos un todo universal, después de haber socializado, amado y decidido? Esto fue tratado por Aristóteles en la *Ética nicomáquea*: “los padres aman a los niños como algo que es parte de su sustancia misma porque nacieron de sus entrañas [...] y los hijos aman a sus padres porque a partir de ellos surgieron [...] y los hermanos se aman porque surgieron de la misma fuente [...] y en cierta forma somos la misma identidad”.

Además de lo biológico, la cultura ha hecho su parte, desde ritualizar la muerte hasta concretar formas que la evaden, pero en cualquier caso en relación con el otro. Esto es intrínseco a nuestra propia existencia, porque la muerte no se vive, si acaso se experimenta y sobre

todo se siente. La muerte forma una entidad única que, aparte de generar identidad, nos da sentido de construcción humanista para sentir amor por el otro, nos define como iguales y evita la condición social de diferenciarnos, es por ello que en todas las culturas la muerte es una expresión de solidaridad y ayuda mutua, un acto de amor por el otro y por uno mismo; sin embargo, dado ese valor, la cultura hoy en día ha generado formas y multiformas de diluirla, desinteresarla e incluso excluirla.

La muerte en el mundo moderno ya no da miedo, no importa, su poder en la vida se ha vuelto superfluo, la gente expresa “de todas maneras, nos vamos a morir”, pero no olvidemos que dependemos de poderes *sui generis* de vitalidad y mortalidad, y que, afanándonos a controlar nuestra verdadera existencia, morimos, pero morimos significativamente.

Desde el inicio de los tiempos, entendimos esto a cabal conciencia, por ello dimos esas atribuciones a los seres cósmicos, gobernadores de nuestro destino.

Si siguiéramos así y no antepusiera-mos las realidades artificiales de nuestra cultura, el sufrimiento sería menor, pero nuestra naturaleza humana controladora nos ha dominado y nuestra condición humana racional nos ha definido: preferimos el sufrimiento por encima de la felicidad. Se nos olvida que la alteridad es una posibilidad de nuestro ser, y vivimos bajo el dicto artificial del yo, que incluso como una acción descarada en el mundo moderno le denominamos *selfie*.

El concepto de individuo como construcción sociológica occidental se ha equivocado. Roger Bastide (1969) al

referirse a este término desde la visión africana escribe: “el individuo no existe, excepto en la medida en que está afuera y es diferente de sí mismo”, pero en nuestra sociedad está limitado por la falsa idea de individualidad y es precisamente esto lo que personaliza la concepción de la vida y despersonaliza la muerte.

Bajo la cosmovisión oriental, no somos individuos, sino dividuales o divisibles, por lo que para existir se deben absorber influencias materiales heterogéneas que se construyen con experiencias y sensibilidad, sólo así podemos reproducir en otros algo de nuestra verdadera naturaleza. Es obligación humana volvernos predicadores de la propia existencia, incluida la muerte; por consiguiente, propiciar la participación de otros en nuestro ser es sensibilizarnos. El otro es también nuestro propósito y el diseño de un mismo fin, por ello “los parientes, como miembros uno del otro, guían la vida de los demás y mueren la muerte de los otros” (Sahlins, 2008). Para la muerte no hay remplazos, aquí no aplica el no ser indispensables, porque en la vida uno tiene a los otros en mente y la existencia del otro condiciona internamente la actividad de cada uno. La muerte, a su vez, no es un asunto de simple sustitución, el cuerpo no es posesión privada del individuo; la muerte es responsabilidad natural, y el cuerpo, de quien lo cuida y alimenta, es sujeto de empatía con la vida y la muerte. La muerte, por tanto, es acto de amor imprescindible para cada ser humano y para cada grupo cultural en el mundo. 🌐



Ilustraciones: Luis Ángel Velázquez

Referencias

- Aristóteles (1985). *Ética Nicomáquea*. Ética Eudemia. Madrid: Gredos.
 Bastide, Roger (1969). *Las Américas negras: civilizaciones africanas en el Nuevo Mundo*. Madrid: Alianza.
 Cruz Cruz, Juan (1989). “Familia, trabajo y política en Aristóteles”, en *Persona y Derecho*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra.
 Giner, Salvador (1982). *Historia del pensamiento social*. Barcelona: Ariel.
 Homero (2010). *La Iliada*. México: Porrúa.
 Sahlins, Marshal (2008). *La ilusión occidental de la naturaleza humana*. México: FCE.



Carlos Alberto Flores Armeaga es profesor investigador de tiempo completo de la Facultad de Antropología de la Universidad Autónoma del Estado de México.